



De estómagos y corazones

El mes de marzo llegaba a su fin. El aire fresco en la cara de los transeúntes anunciaba la llegada del otoño.

Casi sin moverse, en silencio, aguardaba en expectativa el momento de salir. El viaje había sido largo, pero aun así, tendría que esperar seis meses más para ver de cerca su nuevo destino.

Cada día, sentía el latido de un corazón que no era el suyo.

- ¿Valdría la pena? – se preguntaba a sí mismo -.

Había hecho todo lo que le parecía para alcanzar el destino anhelado.

Una vez más esperaba seis meses en este lugar húmedo y oscuro.

Pero sentía que afuera había luz y calidez. Era como si adivinara que era esperado por mucha gente.

Era llevado para allá y para acá, para arriba y para abajo. Todo se movía, pero no sabía dónde estaba.

Todo era secreto; había gran expectativa.

En ese mundo que aún le era ajeno, una mujer esperaba paciente y amablemente el desarrollo de una nueva vida.

Su vientre día a día crecía.

Estaba feliz.

También había expectativa con relación al invitado:

- ¿Cómo sería? ¿Estaría contento con su nueva familia?



Mientras esperaba, arreglaba el espacio que en un futuro cercano pertenecería al invitado. La cuna fue heredada del primer hijo, ahora con tres años, no sin antes pasar por el segundo hijo que ahora tenía dos años. Y era seguro que si en el futuro vinieran más hijos, la cuna sería su primera herencia.

Era una familia muy sencilla que vivía en una casa pequeña aunque lo suficientemente grande como para acomodar una familia con dos hijos, donde los dos hermanos esperaban a un tercero.

- Mamá, ¿vamos a tener un hermanito? – preguntó el primer hijo a su madre -.
- Sí hijo – contestó la madre de una forma amable, mientras lo alzaba en los brazos – Dios está enviando un nuevo hermanito para ustedes.
- ¿Cómo será él? – preguntó y siguió preguntando: ¿Le gustará jugar pelota? ¿Le gustarán las historias que tú nos cuentas?

La madre sonrió ante su inocencia y curiosidad.

- No sé, hijo, como será. Pero si lo envía Dios, Él sabrá lo que hace. No te preocupes, sólo hay que esperar.

Bajó el niño al suelo y éste salió corriendo en dirección a la puerta de acceso al patio.

Esa inocente pregunta del niño despertó en aquella mujer su curiosidad e imaginación. Su mente voló al futuro y en minutos, dio a luz a su hijo; lo hizo crecer, estudiar y trabajar. En esos instantes de curiosa



especulación, vio a un alma generosa, que inspiraba a quién lo encontraba. Por un instante, deseó que las palabras que dijo a su hijo fueran verdad. Recordó: “...si lo envía Dios, entonces Él sabrá lo que hace”.

Sabía que era inocencia pensar que Dios envía a los niños, pues si así fuera todos los niños serían una maravilla. Pero deseó en lo más profundo de su ser que este niño fuera especial para el mundo. No por sus títulos, no por su riqueza, pues nacería en un hogar sencillo, sino por su carácter y vocación de servicio.

Acarició su vientre y con ese simple gesto demostró su amor y ternura a ese embrión de inocencia y belleza.

En ese silencio introspectivo, la madre invocaba a su hijo. Invitaba y esperaba a ese nuevo miembro de la familia.

- ¡Quiero que seas muy feliz aquí! – le decía la madre a su hijo –. En todo momento estaremos contigo para apoyarte. Te queremos y te esperamos. Todos estamos felices con tu llegada. Tus hermanos ya preguntan por ti. ¿De dónde vendrás? ¿Cómo serás?

Y así pasaban las horas y días de esa gestación placentera. Placentera porque había amor, paciencia y dulzura.

Las hojas de los árboles secaron y cayeron.

El otoño se despidió y el invierno llegó. El frío se hizo presente.



Se hizo necesario más ropa. Ropa más holgada para permitir el crecimiento del vientre, donde el nuevo ser ya poseía un cuerpo formado.

Ahora su corazoncito le hacía la competencia al corazón de su madre.

Todavía recordaba la voz que escuchó en sus primeros días:

- ¿Que prefieres? ¿Un estómago grande o un corazón grande?

No sabía de donde venía la voz. Tampoco sabía lo que implicaba cada una de las posibilidades.

Tal vez era la voz de su propia conciencia. Quizás, sea cual fuere su elección, todo estaría bien.

Aun en medio a la duda, escuchó una vez más la misma voz:

- Y entonces, ¿cual es la elección?

Era un segundo llamado. No podía hacer oídos sordos. Tenía que reaccionar.

- ¿Cuál es la ventaja de cada cual? – preguntó -.

- Mira, el mundo está lleno de cosas sabrosas y ricas – contestó la voz -.

En tu destino está escrito que viajarás mucho. Conocerás culturas muy diferentes y cada cuál tendrá sus propias costumbres de comida. Un estómago grande te permitirá probar de todo.

- ¿Y cuál es la otra opción? – dijo inquieto -.

- ¡Ya verás! El mundo está en proceso de expansión. Cada vez hay más gente. Mucha información, muchas opciones... y aún así, mucho sufrimiento y carencia. Es un mundo que necesita amor. Con un



- corazón grande podrás amar a mucha gente. Por donde vayas, todos sentirán que pueden recibir algo de ti.

En su inocencia preguntó:

- Pero... si no tengo estómago, ¿cómo voy a mantener el corazón funcionando?

Fue una situación graciosa, pero no hubo burla o sarcasmo.

- Mira – contestó la voz –. No es una elección entre uno y otro, sino entre cuál de ellos quieres que ocupe más espacio.
- Ahhh.... – exclamó –. ¡QUIERO SER ÚTIL! ¡Si un corazón grande puede ayudar a muchos, eso prefiero yo!

Estaba exaltado, su respuesta había salido de lo más profundo de su ser. No podía gritar, pero lo hizo con su mente. Y en ese instante de exaltación vio el futuro. Se vio a sí mismo en diferentes escenas de su vida futura: muchas personas y mucho caos. Carencia, miseria... Se vio siempre con una actitud de comprensión, misericordia y servicio. No se vio descansando u ocupando su tiempo en disfrutes. Tuvo un fuerte sentido de misión.

En eso, hubo un silencio absoluto. No se escuchó nada más. Por un momento, pensó que era una alucinación, un sueño o algo por el estilo.

Durmió.

Su cuerpo en formación descansó en la posición fetal.

Pasaron los meses.



Olvidó lo ocurrido.

Tantas cosas pasaban cada día: euforia, añoranza, expectativa, dudas y temor.

En medio de todo eso sentía el cariño del exterior. No sólo sentía el corazón de su madre, sino que sentía los pensamientos de amor y expectativa. Sentía que en muchas oportunidades ella se dirigía a él.

Incluso, hubo algunas ocasiones que venían sus futuros hermanos, ponían sus diminutas manos en el vientre de la madre y conversaban con él.

- ¡Hola! – decía uno –. Te esperamos. Voy a compartir mis juguetes contigo, aunque no tenga muchos!
- Cuando crezca te prestaré mi taza nueva – decía el otro.

Así pasaron sus días y noches. Pasaron semanas y meses.

El inicio de setiembre despedía los últimos días de frío de un invierno riguroso.

La primavera abrazó el nacimiento de aquella criatura.

La familia estaba feliz.

El nuevo miembro de la familia estaba contento, aunque un poco desconcertado al principio, pues toda esa gente que lo miraba era extraña para él.

Pasó el tiempo.

El niño creció.



Las promesas que le habían hecho se cumplieron. Sus hermanos compartieron juguetes, tazas, platos y muchos momentos de diversión y alegría. Era muy expansivo, pero a veces la reflexión lo llamaba. Se volvía muy introvertido. Era un niño y por momentos se parecía a un viejo.

Creció.

Y como en su destino estaba el viajar, siguió su camino.

Por donde pasaba tocaba otros corazones.

Hacía que cada persona se sintiera única y especial.

En sus ojos color de miel brillaba la dulzura al ver en otra persona un hermano.

Todos los que lo conocieron reconocían lo grande que era su corazón.

Era feliz y amaba. Para él eso era todo.

Y ambas cosas le permitían servir y ser útil.

Y por cierto, ¡comía muy poco! Pues su estómago era pequeño.

Vilmar Braga